

La escuela clásica

Introducción

¿Qué entendemos, en ajedrez, por «escuela clásica»? Hacia los años 60 del siglo XIX Wilhelm Steinitz comenzó, en sus partidas, una auténtica revolución que dio lugar al juego moderno de posición. Sus nuevos conceptos (sostén del centro, valor de la defensa, superioridad de los alfiles sobre los caballos, etc.) influyeron decisivamente en el desarrollo de la técnica ajedrecística y abrieron paso a una diferente forma de concebir el juego.

Todos los jugadores posteriores, incluso los reacios a aceptar la revolución del gran maestro bohemio, debieron ajustarse a estos principios, por la sencilla razón de que (más allá de las exageraciones del propio Steinitz) eran verdaderos.

Hacia finales del siglo XIX los maestros que habían asimilado los presupuestos del primer campeón mundial oficial poseían una ventaja, y superaban con facilidad a los que, aun dotados de gran talento, pretendían seguir jugando «a la antigua».

Steinitz no fue un pedagogo, y escribió poco; su revolución está en sus grandes partidas, que causaron gran asombro en su tiempo. El hombre que sistematizó y formuló los principios del pequeño judío checoslovaco, dándoles carácter de leyes, fue el alemán Siegbert Tarrasch, una de las mentes más agudas y científicas que ha producido el mundo del ajedrez.

A partir de la publicación de su gran obra *Die moderne Schachpartie* (1912) los fundamentos posicionales descubiertos por Steinitz pasaron a ser de dominio público, y ya no bastaba con conocerlos para poder ganar. La «escuela clásica», entonces, arranca con Steinitz, tiene su punto culminante en Tarrasch y comprende a una generación de jugadores que actúan en los últimos 20 años del siglo XIX y primeros diez del XX, con todas las reservas necesarias en la fijación de estos límites.

El término designa a los maestros que jugaban aplicando escrupulosamente los principios de Steinitz sistematizados y difundidos por Tarrasch, y comprende a jugadores muy diversos en su estilo y su ánimo.

Por sobre todos estos años planea, colosal, la figura del gran Emanuel Lasker, personalidad inclasificable por su personalísima forma de entender el ajedrez, pero que, de incluirse en alguna escuela, debería considerarse entre los clásicos.

Tarrasch y Schelchter fueron eclécticos y ortodoxos, y brillaron en todas las fases del juego; Pillsbury y Marshall fueron grandes jugadores de ataque; Maroczy desarrolló la técnica de la defensa, Chigorín, y más tarde Spielmann, fueron neorrománticos que añoraban las partidas de Morphy, y Lasker, como hemos dicho, se distinguió de todos por las raíces psicológicas de su juego.

Fueron poderosas individualidades, muy diferentes unos de otros. Si se les mete dentro de la misma escuela, es porque tenían un elemento en común: su adhesión, más o menos voluntaria, a los nuevos principios estratégicos. Por ello, la «escuela clásica» se considera finalizada al aparecer, en la segunda década de este siglo, una nueva generación que desarrolló y contradujo algunos de estos principios, con una nueva concepción de la estrategia.

Los principales exponentes de esta nueva escuela, llamada «hipermoderna» («moderna» era entonces la que hoy llamamos «clásica»), fueron Breyer, Nimzowitsch y Reti.

Alexander Alekhine, que adoptó elementos de esta escuela e incluso aportó sus propias concepciones, es, como Lasker, un genio inclasificable, una personalidad que marca, solitaria, todo un período.

Se llama «escuela clásica» al período de la historia del ajedrez que va, a grandes rasgos, desde los últimos 20 años del siglo XIX a los primeros diez del XX. Su característica fundamental es la adopción y difusión de los principios posicionales de Steinitz desarrollados y sistematizados por Tarrasch. Aparece como continuación de la «escuela romántica» y como precedente directo de la «escuela hipermoderna».

Siegbert Tarrasch, el antidogmático

El Dr. Siegbert Tarrasch nació en Breslau -como Anderssen- en 1862 y falleció en 1934 en Nuremberg, donde transcurrió toda su vida. De origen judío, estudió medicina y fue un destacado cirujano, que consideró siempre el ajedrez como una actividad subsidiaria en su vida, lo que da mayor mérito a sus grandes éxitos.

A los 21 años ganó el título de maestro alemán, y en el torneo de Hamburgo de 1885 alcanzó el segundo puesto, con lo que se hizo conocer internacionalmente.

Siguió una impresionante racha de victorias que le colocaron, sin discusión, entre los dos o tres mejores ajedrecistas del momento: Nuremberg 1888, Breslau 1889, Manchester 1890, Dresde 1892 y Leipzig 1894, todos ellos primeros puestos. En 1893 empató un épico match contra Chigorín (9 a 9 y cuatro tablas), y en el gran torneo de Hastings de 1895 quedó cuarto detrás de Pillsbury, Chigorín y Lasker.

En 1898 volvió a ganar, por delante de Pillsbury (a quien venció en un «play-off»), y en 1903 se impuso en Montecarlo, superando a Pillsbury y Schlechter.

Orgullosa y soberbia, rechazó en 1892 un desafío del joven Lasker por considerar que éste no tenía aún el palmarés necesario para enfrentarse contra él; pagó muy caro este desplante, pues Lasker ganó el título a Steinitz en 1894 y no mostró la más mínima prisa para ponerlo en juego contra el cirujano de Nuremberg. En las varias columnas que tenía en la prensa, Tarrasch clamaba por su oportunidad de disputar el título mundial, y luego de ganar el torneo de Montecarlo, en 1903, afirmó: «Después de esta victoria, no tengo por qué suponer que haya en el mundo ningún jugador mejor que yo.» El match con Lasker, en principio acordado para 1904, se disputó finalmente en 1908, en las ciudades de Dusseldorf y Munich.

Inmediatamente antes del mismo, Tarrasch había obtenido otro impresionante triunfo internacional al ganar el torneo de Ostende de 1907, lo que destruye el argumento de que su derrota ante el campeón mundial se debió a que estaba ya en decadencia. Las negociaciones previas al encuentro fueron largas y tensas, y culminaron en una célebre y tumultuosa entrevista en la que Tarrasch saludó a su adversario de manera tajante: «Tengo sólo dos palabras que decirle a usted, Dr. Lasker: jaque y mate.» El encuentro fue una auténtica catástrofe para Tarrasch, que no sólo perdió por 10,5 a 5,5, sino que se mostró claramente inferior a su gran rival en el terreno táctico, perdiendo algunas posiciones muy favorables.

A partir de esa fecha Tarrasch fue perdiendo paulatinamente su interés en el ajedrez competitivo, aunque obtuvo todavía varios señalados éxitos.

Se dedicó entonces a escribir su *Die moderne Schachpartie*, espléndido trabajo pedagógico en el que aprendieron ajedrez varias generaciones. Otro libro anterior, de carácter autobiográfico (*Dreihundert Schachpartien*), publicado en 1895, había ejercido también notable influencia entre los ajedrecistas de la época.

Sus artículos periodísticos, mordaces y agudos, habían marcado una época en la literatura del juego.

Sus ácidas controversias con Nimzowitsch (que llegó a calificarle de «ignorante») fueron apasionantes. En su madurez fue galardonado con el título de «Praeceptor Germaniae», maestro de ajedrez de toda Alemania. Pedante, impecable en las maneras y en el vestir, culto y despectivo, no ganó demasiadas simpatías; pero sí el respeto de todos por su honestidad. Incapaz de asumir el fracaso, sus excusas ante las derrotas fueron célebres: afirmó que su derrota ante Lasker -que, por otra parte, calificó de impecable- se vio favorecida por la influencia del aire marino, cuando se jugó en ciudades lejanas de la costa y él venía de ganar brillantemente en Ostende, situada esta sí sobre el mar.

Melómano apasionado, dijo alguna vez que sentía pena por aquellos que se iban de este mundo sin descubrir los deleites del ajedrez: «El ajedrez, como la música, tiene la propiedad de hacer felices a las personas.» Judío de origen, Tarrasch fue un patriota alemán en toda la línea, y actuó en la Primera Guerra Mundial como médico militar; en la contienda perdió, además, a su único hijo.

Esta dignísima actitud no le sirvió para librarse de la persecución de los «patriotas» del Tercer Reich, que le obligaron a vivir sus últimos días en la clandestinidad.

Sobre el «dogmatismo» de Tarrasch

Siegbert Tarrasch fue no sólo uno de los más grandes jugadores de la historia, sino también una de las personalidades más influyentes. Como jugador fue extraordinariamente fuerte, y se reveló tan efectivo en el juego estratégico como en las complicaciones tácticas. Ganó más torneos que ninguno de sus contemporáneos, incluido Lasker, y es difícil contradecir su propia afirmación de que, allá por 1890, era el mejor jugador del mundo.

La historia, sin embargo, le ha colgado el sambenito de «dogmático», y su nombre se asocia casi inevitablemente al adjetivo. En efecto, Tarrasch era un hombre profundamente convencido de sus descubrimientos y opiniones, a las que tendía a dar valor universal.

Llegó a sostener que los caballos en b6 o b3 *siempre* estaban mal situados, o que las posiciones restringidas *siempre* eran malas. Sin embargo, pocas mentes ha habido tan abiertas y fecundas como la suya en la historia de este juego. Si por dogmático se entiende - como debe entenderse- la aceptación «a priori» de juicios no sometidos a análisis racional, entonces Siegbert Tarrasch fue una de las mentalidades más antidogmáticas de que haya memoria.

Todo, aun en los detalles más pequeños, lo sometió al análisis de su poderosa inteligencia, y jamás aceptó o preconizó un principio del que no estuviera firmemente convencido como consecuencia de una honesta y profunda meditación sobre el mismo.

Se equivocó muchas veces, por supuesto, pero no más que cualquier otro pensador o descubridor. En definitiva, en la Historia con mayúsculas quedan sus extraordinarias, incomparables aportaciones a la comprensión del ajedrez, su poderoso verbo didáctico, la verdad esencial de sus conclusiones.

Siegbert Tarrasch, el antidogmático, constituye un hito básico en la evolución del ajedrez.

Blancas: Tarrasch

Negras: Moritz

Gambito de Dama-Ortodoxa

Breslau, 1925

1. **d4, d5**
2. **c4, e6**
3. **Cc3, Cf6**
4. **Ag5, Ae7**
5. **Cf3, 0-0**
6. **e3, Cbd7**
7. **Tc1, c6**
8. **Dc2, ...**

La «lucha por el tiempo»; las blancas tratan de realizar jugadas útiles sin desarrollar su alfil de rey, para que las negras tomen en c4 y dicho alfil capture en c4 sin perder un tiempo.

8. **a6**
9. **cxd5, ...**

En aquella época esta jugada, que hoy consideraríamos natural, se miraba como débil, con el argumento de que libera el alfil de dama de las negras.

Hoy se sabe que las blancas, en este tipo de posiciones, conservan una pequeña pero persistente ventaja debido a la posibilidad de atacar con sus peones del flanco de dama (ataque de minorías). Tarrasch se adelantaba a su tiempo, como tantas veces.

9. ..., **exd5**
10. **Ad3, Te8**
11. **0-0, Cf8**
12. **h3, Ce4**
- Maniobra simplificadora propia de estas posiciones*
13. **Af4, ...**

Tarrasch juega según cánones ortodoxos, y evita la simplificación para hacer pesar la falta de espacio de su adversario.

13. ..., Cxc3

13. ... f5 sería respondida por 14. Ce5, seguido de f3

14. bxc3, ...

14. Dxc3, con idea de continuar con b4 y a4, era otra buena posibilidad.

Tarrasch aplica el principio de «peones al centro».

14. ..., Ad6

Insiste en el cambio, pero la eliminación del alfil de casillas negras perjudicará al segundo jugador.

14. ..., Cg6, seguido de 15. ..., Af6, parecía más correcto.

15. Axd6, Dxd6

16. c4, ...

Tarrasch hace valer su superioridad central; tomen o no tomen en c4, las negras tendrán problemas ante el dominio blanco de la columna «c».

La del texto es mala solución, ya que a la apertura de la columna se sumarán las debilidades en c5 v c6.

16. ..., b5

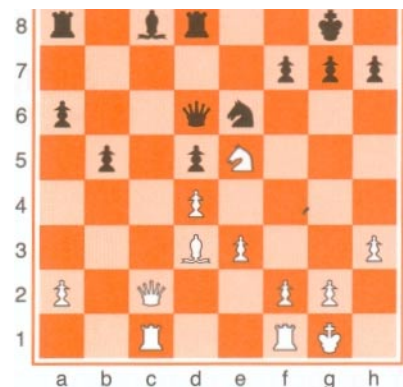
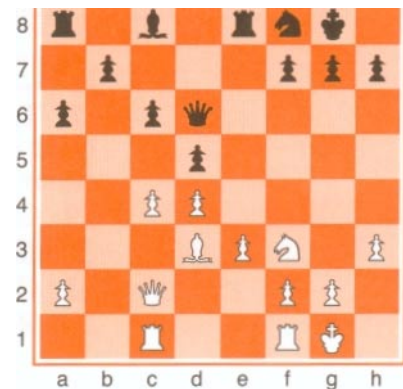
17. cxd5, cxd5

18. Dc5!, Td8

19. Ce5, Ce6

20. Dc2!, ...

Mirando partidas de Tarrasch, es inevitable indignarse una y otra vez ante el calificativo de «dogmático»; aquí hace gala de una flexibilidad intelectual envidiable.



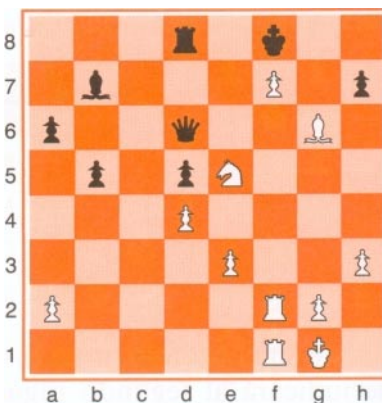
Ahora abandona su dominio del flanco de dama para montar un violento e inesperado ataque sobre el rey.

- 20. ..., g6
- 21. f4, Ab7
- 22. f5!, Tac8
- 23. fxe6!!, ...

Una elegante y efectiva entrega de dama.

Revela una notable comprensión posicional y un cuidadoso cálculo.

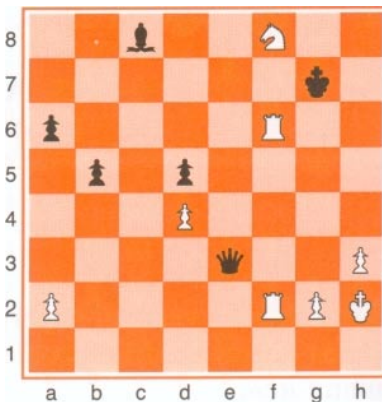
- 23. ..., Txc2
- 24. exf7+, Rf8
- 25. Txc2, Tc8
- 26. Tcf2, Td8
- 27. Axc6!, ...



Siguen los golpes demoledores.

Este sacrificio termina de dismantlar la posición del monarca

- 27. ..., h x g6
- 28. Tf6, Da3
- Claro que, después de 28. ..., D x f6 29 T x f6 las negras tendrían que abandonar.*
- 29. Cxg6+, Rg7
- 30. f8=D+, Txf8
- 31. Cxf8, Dxe3+
- 32. Rh2, Ac8



Claro que si 32. D x d4 33. Ce6 + .

- 33. Tg6+, Rh8
- 34. Tf7



Y las negras abandonaron, pues el mate en h7 es inevitable.

Mijaíl Chigorín, moderno a pesar suyo

Mijaíl Ivanovitch Chigorín nació en las inmediaciones de San Petersburgo en 1850, y falleció en Lublin en 1908.

Su importancia en la historia del ajedrez es inmensa, por dos factores: la extraordinaria calidad de su juego y el hecho de que se le considere el creador de la escuela rusa de ajedrez, madre de la gran escuela soviética.

Chigorín es uno de los casos en los que el interés por el juego llegó relativamente tarde.

Aprendió a mover las piezas a sus 16 años, pero no le dio importancia. Culminó sus estudios y, como hijo de familia burguesa acomodada, ingresó como funcionario gubernamental. Sorpresivamente, a los 24 años, se suscitó en su espíritu una violenta pasión por el juego, hasta tal punto que abandonó su trabajo, dejó de prestar atención a su familia (se había casado muy joven) y se dedicó a jugar profesionalmente.

Los resultados fueron halagüeños: en 1878 derrotó a Schiffers en un match (7 a 3), victoria que repitió en 1879 y 1880; en ese mismo año ganó celebridad al aplastar a Alapin (1856-1923), considerado por entonces el mejor jugador ruso, por 7 a 3 sin tablas.

Comenzó a jugar torneos internacionales, y en 1881 quedó tercero en Berlín, por detrás de Blackburne y Zukertort. En el gran torneo de Londres de 1883 quedó cuarto, detrás de Zukertort, Steinitz y Blackburne y delante de James Mason y Winawer, entre otros.

Sus repetidos éxitos le permitieron desafiar al campeón del mundo Wilhelm Steinitz; el match se jugó en La Habana en 1889, y Chigorín fue derrotado por 10 a 6 y unas tablas. Inmediatamente, ganó el torneo de Nueva York y empató un match con el fortísimo Grunsberg (1854-1930), que poco después disputaría un reñido match contra Steinitz que perdería por 6 a 4.

Durante los años 1890 y 1891 se jugaron dos encuentros telegráficos entre Steinitz y Chigorín, y ambas partidas fueron ganadas por éste de manera brillante, lo que dio gran fuerza a su nuevo desafío por el título. El encuentro volvió a jugarse en La Habana, en 1892.

Fue uno de los enfrentamientos más dramáticos y reñidos de la historia del ajedrez. Se jugaba a diez victorias, y el resultado era ocho a ocho. En la partida nº 22 Chigorín jugó brillantemente y obtuvo una posición absolutamente ganadora, con pieza neta de ventaja; el título estaba a su disposición. Pero entonces ocurrió un hecho memorable.

Juego posicional

El término es muy antiguo, pero comenzó a hacerse popular después de Steinitz, como sinónimo de respeto a las exigencias estratégicas de la posición. De forma incorrecta, se utilizó -y aún se utiliza- como contraposición al juego de ataque, basado en las combinaciones y los sacrificios; se habla de que un jugador es «de ataque» o «posicional», como si fueran características opuestas.

En realidad, por «juego posicional» debe entenderse jugar de acuerdo a un análisis objetivo de la posición de que se trata; ello implica que, según los casos, el «jugar posicionalmente» puede ser lanzarse a un violento ataque de sacrificios, cuando ese es el camino indicado por la posición, y «jugar antiposicionalmente» puede ser, en ese mismo caso, lanzarse a largas maniobras cuando la posición exige otro tratamiento. La señalada dicotomía, sin embargo, tiene justificación histórica: el joven Blackburne, por ejemplo (no así Paul Morphy, un jugador eminentemente estratégico), solían ganar brillantes partidas jugando contra las exigencias de la posición. Algunas de sus grandes partidas (porque luego ambos evolucionaron hacia un juego más correcto y moderno) se basaban en geniales celadas que engañaban al rival y permitían dar mate o forzar ventajas decisivas a través de combinaciones incorrectas, que ante una buena defensa habrían fracasado.

Un ejército contra un monarca

Blancas: J. Mason

Negras: F. Marshall

1. c4, e5

La apertura Inglesa, una de las básicas del ajedrez contemporáneo, comenzaba a ser apreciada cuando se disputó esta partida.

2. Cc3, f5

No es lo más ortodoxo, pero posicionalmente resulta muy correcta; las negras se expanden en el flanco de rey con ideas agresivas, pero sin comprometer su posición.

3. e4, ...

Más posicional habría sido 3. g3, o inclusive 3. e3. La del texto contribuye a que el negro abra la columna «f» (Marshall).

3. ..., Cf6

4. d3, Cc6

5. e x f5, Ab4

Marshall no demuestra ningún interés por recuperar su peón, y prefiere continuar su desarrollo.

6. Ad2, 0-0

7. g4, ...

La partida tiene similitudes con un gambito de Rey con colores invertidos. Mason se aferra a la ventaja material, política arriesgada y en particular frente a un combinador de la talla de Marshall.

7. ..., d5!

8. cxd5, ...

En opinión de Marshall, era necesaria 8. a3.

8. ..., A x c3

9. Axc3, Dxd5

10. Df3, Dc5

La diferencia de desarrollo y de coordinación de piezas es enorme, y la partida resulta claramente favorable al bando de las negras.

11. Ce2, Cb4
12. Tc1, ...

Con la esperanza de recuperar tiempos en el desarrollo devolviendo el peón, pero ya es tarde.

12. ..., C x g4!

Este bello sacrificio posicional pone a todo el ejército negro en acción y destruye por completo la posición de las blancas. Marshall ha jugado con notable energía.

13. Dxc4, Cxd3+
14. Rd2, Axf5
15. Ab4, ...

«Tan buena o tan mala como cualquier otra» (Marshall). Mason saca a relucir tarde su proverbial ingenio; su posición en estos momentos es desesperada.

15. ..., Dxb4+
16. Dxb4, Cxb4

Los dos peones de más son casi lo de menos; el rey continúa expuesto y las piezas blancas no se han desarrollado.

17. Cc3, ...

Tomar el peón de c7 provocaría un alud sobre el rey blanco.

17. ..., Tad8+
18. Re3, Ce2+
19. Rf3, ...

Triste periplo; la caza del rey continúa.

19. ..., Td4!
20. Tg1, Ae4+
21. Rg3, Tf3+
22. Rg4, Ad5+
23. Rg5, h6+
24. Rh5, Af7+
25. Tg6, Tf5
mate.

Un ataque «de libro», con la firma personalísima de Marshall.

Después del descubrimiento, la sistematización y la difusión de los principios de Steinitz, jugar de esa forma se convirtió en política suicida. Todos los grandes jugadores del último tercio del siglo XIX fueron «posicionales».

El juego de la escuela clásica estuvo signado por una cierta monotonía, dada la diferencia de fuerzas entre quienes habían asimilado los principios del juego moderno y quienes aún pretendían jugar «a la antigua»; el jugador «moderno» desarrollaba correctamente sus piezas, preparaba una ofensiva y, en el momento adecuado, realizaba una ruptura que le permitía concretar su ventaja y alzarse con la victoria; miles de partidas siguieron, con escasas variaciones, este proceso, y los aficionados comenzaron a echar de menos las bellas combinaciones del Romanticismo.

Hubo, sin embargo, en la escuela clásica, jugadores de espíritu agresivo, dotados de poderosa imaginación y espíritu creativo, que fueron capaces de ganar hermosas partidas de ataque, no como consecuencia de celadas más o menos bien puestas, sino como culminación de un juego posicional impecable. Los principales de ellos fueron los americanos Pillsbury y Marshall, el malogrado Charousek, Chigorín y, en algunas de sus grandes partidas, Tarrasch y Rubinstein. La partida de Marshall que se incluye en estas mismas páginas es un notable ejemplo de juego posicional impecable que, no por serlo, deja de lado los aspectos artísticos del ajedrez.

El maestro ruso cometió uno de los errores más grandes de toda la historia del ajedrez magistral y se dejó dar un sencillo mate en dos. Totalmente desmoralizado, perdió también la siguiente partida y el match terminó 10-8, con 5 tablas; Chigorín había dejado pasar su gran oportunidad.

Un fallo semejante puede destruir a un jugador (recuérdese la decadencia de Zukertort después de perder contra el propio Steinitz tras tener una ventaja de 4-1); pero Chigorín logró recuperarse e inició el período más fecundo de su carrera. En 1893 empató a 9 un encuentro contra Tarrasch, lleno de partidas de altísima calidad.

En el gran torneo de Hastings de 1895 ocupó el segundo puesto, detrás de Pillsbury y delante de Lasker, Tarrasch y Steinitz.

En 1896 ganó el torneo de Budapest, por delante del malogrado Charousek (1873-1900), y en los años 1899, 1900 y 1901 ganó los tres primeros torneos nacionales de Rusia.

Por aquellos años desarrolló una intensa actividad como organizador del ajedrez de su país, que contribuyó a su reconocimiento como fundador de la escuela rusa de ajedrez. Muy enfermo de diabetes, se retiró a descansar a Lublin junto a su familia, y allí falleció.

Mijaíl Ivanovitch Chigorín fue un caso curioso; amante del antiguo estilo de gambito, admirador confeso de Anderssen y Morphy, rechazó en el plano teórico los principios de Steinitz, y calificó el ajedrez moderno de soso y escasamente meritorio. Como tal, fue un virtuoso del juego de ataque, en especial del gambito Evans, que llegó a conocer y dominar como nadie, antes o después, de la historia del ajedrez.

Sin embargo, esta romántica postura, llena de elementos reaccionarios, chocaba frontalmente con su pragmatismo, y demostró no solamente conocer, dominar y saber aplicar magistralmente los principios de la escuela moderna, sino también ser capaz de profundizarlos y desarrollarlos.

Algunas de sus partidas (como su célebre victoria contra Lasker con dos caballos contra dos alfiles) son propias de un jugador avanzadísimo, capaz de comprender profundamente la estrategia del juego; este dominio, sumado a su extraordinaria habilidad táctica, explican sus grandes victorias y el hecho de que, a pesar de sí mismo, se le considere uno de los puntales básicos del ajedrez moderno.

Blancas: Steinitz

Negras: Chigorín

Italiana-Defensa de los Dos Caballos

Match telegráfico, 1891

1. e4, e5
2. Cf3, Cc6
3. Ac4, Cf6
4. Cg5, d5
5. exd5, Ca5

5. ..., Cxd5 es considerada mala no a causa del dudoso sacrificio en f7 sino por 6. d4!, con ventaja.

Una interesante alternativa es 5. ... Ac5.

- | | |
|---|-------------|
| 6. Ab5+, c6 | 8. ..., h6 |
| 7. dxc6, bxc6 | 9. Ch3, ... |
| 8. Ae2, ... | |
| <i>8. Df3 permitiría el promisorio sacrificio</i> | |
| <i>8. ..., cxb5! 9. Dxa8, Cg7</i> | |

La contundente derrota que sufrió Steinitz en esta partida determinó que este interesante y profundo movimiento fuera abandonado mucho tiempo como incorrecto.

Casi un siglo más tarde, Bobby Fischer lo rehabilitó y consiguió con él algunas victorias impresionantes.

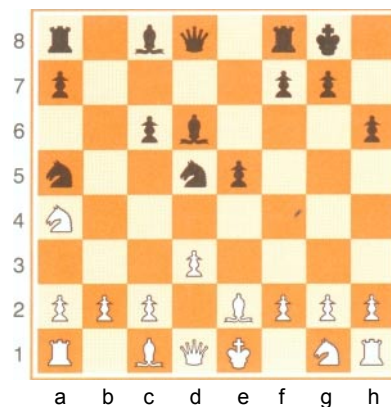
- 9....,Ac5
10. d3, 0-0
11. Cc3, ...

Fischer jugaba aquí 11. 0-0!, Axh3 12. gxh3, Dd7 13. Af3!, con gran juego.

O bien 11. ..., Cd5 12. Cbd2, Axh3 13.gxh3, Dh4 14. Af3!

11. ..., Cd5
12. Ca4, Ad6
13. Cg1, ...

Demasiado sacrificio para evitar el avance negro e4.



Chigorín tiene ya una excelente partida, y aprovechará muy bien esta covuntura.

- 13. ..., f5
- 14. c3, Ad7
- 15. d4, e4
- 16. c4, Ce7
- 17. Cc3, ...

El blanco ha logrado armonizar algo su posición, pero su retraso en el desarrollo es un factor decisivo.

Chigorín comienza ahora su labor destructiva.

- 17. ..., Ae6
- 18. b3, Ab4
- 19. Ab2, ...
Claro que no 19. Ad2, D x d4.
- 19. ..., f4!
- 20. Dc2, ...

Con la esperanza de ocupar la columna «d» con una torre y lograr algún contrajuego.

Era mejor 20. Ag4, Axc4 21.Dxc4, Dxd4 22. Cge2, aunque las negras siguen conservando gran ventaja.

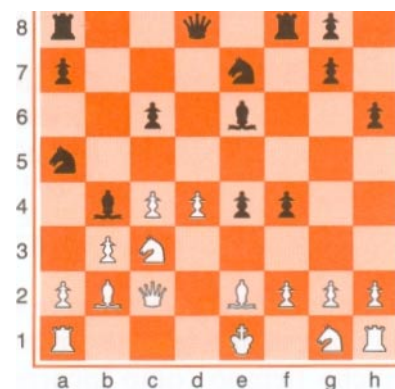
- 20. ..., Dxd4
- 21. Rf1, ...
Amenazando 22 D x e4
- 21. ..., f3!

Chigorín, el gran táctico

Ahora se abre dramáticamente la posición del rey blanco.

- 22. gxf3, exf3
- 23. Axf3, ...
No servía 23. Cxf3, Ah3+ 24. Re1, 7xf3 ganando
- 23. ..., Af5
- 24. Ce4, Axe4
- 25. De2, ...

Steinitz confiaba en este recurso táctico; a cualquier retirada de dama seguiría Dxe4 o Axe4.



Pero Chigorín realiza ahora un bello sacrificio posicional de dama.

- 25. ... , Axf3!**
- 26. De6+, Rh7**
- 27. Axd4, Axl1**
- 28. Dh3, Cf5**

Las negras tienen torre, alfil y caballo por la dama, pero sus piezas están algo descoordinadas.

Por ello, es necesario jugar con energía y precaución.

- 29. Ae5, Tae8**
- 30. Af4, Cd4**
- 31. Dd3+, Ae4!**
- 32. Dxd4, Txf4**
Con la amenaza 33. ... , Ag2+
- 33. f3, Tef8**
- 34. Dxa7, c5!**

Preparando el rápido pasaje del caballo de a5 a d4.

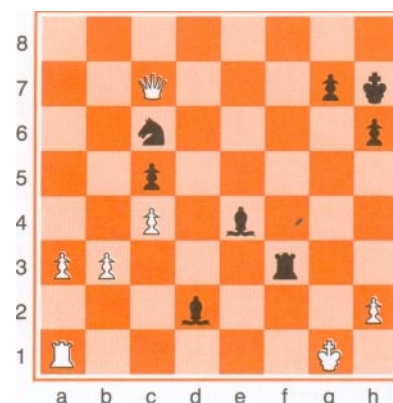
- 35. Dc7, Cc6**
- 36. a3, Txf3+!**

Un remate digno del trabajo anterior.

Y se acerca el brillante colofón.

- 37. Cxf3, Txf3+**
- 38. Rg1, ...**
38. Re2, Cd4+ y mate
- 38. ... , Ad2!**

Y las blancas abandonaron ante la red de mate.



otros maestros de la escuela clásica

También pertenecieron a la escuela clásica algunos notables maestros cuya carrera y aportaciones no podemos tratar aquí en profundidad por razones de espacio; diremos unas palabras sobre algunos de ellos.

ISIDOR GUNSBURG

Nació en Budapest en 1854 y falleció en Londres en 1930. Fue un destacadísimo jugador, pese a tener una carrera corta, y descolló luego como editor de libros de ajedrez y organizador de torneos. Vivió casi toda su vida en Londres y, en su juventud, actuó dentro del supuesto autómatas Mephisto. Fue campeón de Inglaterra en 1885 y ganó brillantemente el gran torneo de Hamburgo 1895, superando a Tarrasch y Blackburne entre otros. En 1890-1891 jugó su gran match contra Steinitz, perdiendo honrosamente por 6 a 4 y 9 tablas. Luego, paulatinamente, fue abandonando el ajedrez de competición por otras actividades profesionales. La historia del ajedrez le ha olvidado injustamente.

RUDOLF CHAROUSEK

Nació en Bohemia en 1873 y murió en Budapest en 1900, a la edad de 27 años, víctima de la tuberculosis. Su extraordinario talento sólo pudo dar, entonces, pocas demostraciones de su brillo. Ganó los torneos de Budapest 1896 (empatado con Chigorín, que le ganó el «play off», y delante de Pillsbury, Janovsky, Schlechter y Tarrasch) y Berlín 1897 (superando a Janovsky, Schlechter y Chigorín); en 1898 quedó segundo en Colonia, detrás de Burn y delante de Steinitz, Schlechter y Janovsky (empatado con Chigorín y Cohn). Del romanticismo de los fulgurantes gambitos, evolucionó hacia un profundo juego posicional, y habría llegado a ser uno de los mejores ajedrecistas de su tiempo si la muerte no hubiera truncado tempranamente su carrera.

JACQUES MIESES

Nació en Leipzig en 1865 y murió en Londres en 1954. Fue un extraordinario jugador de ataque, dotado de una tórrida imaginación. Aunque en su juventud execraba los principios de Steinitz, llegó a dominarlos a la perfección, pero su juego conservó siempre un toque romántico. Ganó pocos torneos, pero muchos premios de belleza; su mayor éxito lo obtuvo en Viena 1907, torneo que ganó por delante de Duras, Maroczy y Schlechter. De origen judío, debió huir de Alemania durante el predominio nazi y se nacionalizó británico. Fue árbitro internacional, escritor y editor de prestigio.

FRANK MARSHALL

Nació en Brooklyn en 1877 y falleció en 1944. Fue un magnífico jugador de ataque, como Mises, y se mostró mucho más efectivo en torneos que en matches. Su gran año fue 1904, cuando ganó Cambridge Springs. En 1906 venció en Nuremberg, y en 1913 quedó primero en La Habana, delante de Capablanca. Hasta 1930 siempre quedó bien en los torneos; fue, además, campeón de los EE.UU. desde 1909 hasta 1935. Sus partidas son hermosas y llenas de bellas combinaciones.

Escribió unas memorias tituladas *My Fifty Years of Chess* (1942), que son un testimonio delicioso de los ambientes de ajedrez de los primeros años del siglo.

La tendencia natural del niño que se inicia en el ajedrez es jugar desesperadamente al ataque, buscar celadas en las que caiga el rival. Con el tiempo irá aprendiendo las sutilezas del juego posicional.

